

AGENDA CIUDADANA

DE INTELLECTUALES, TECNOCRATAS Y DEMOCRATAS

Lorenzo Meyer

¡Misteriosos son los caminos del pensamiento presidencial en México! sobre todo al final de sexenio. En la ceremonia del 60 aniversario del Fondo de Cultura Económica (FCE), el presidente Carlos Salinas de Gortari hizo referencia a la democracia mexicana -"esa voz soberana de la nación"- y a intelectuales como Daniel Cosío Villegas, -"fiera, altanera, insensata, irracionalmente independientes". Ambas referencias constituyen ejemplos de la contradicción entre el discurso y la acción de nuestra institución sin límites: la presidencia.

En su visita al FCE, el presidente pudo haber abordado cualquier otro tema que no fueran la democracia y los intelectuales, pero al hacerlo mostró que había recuperado confianza y su sentido del humor -Chiapas esta cada vez más lejos y la OMC cada vez más cerca.

A estas alturas, el 6 de julio de 1988 es ya una fecha histórica en los anales de la política mexicana, justamente por lo que pudo haber sido y no fue: la primera elección democrática -competida y con resultado creíble- del México postrevolucionario. Ese 6 de julio, la supuesta "voz soberana" simplemente fue acallada por otra voz mucho más vieja y poderosa: la que provino de lo alto de la pirámide del poder autoritario, y que se pronunció por el triunfo de Carlos Salinas tras haber anunciado que el sistema de computo electoral "se había caído" y

que los resultados no se darían cuando y como se habían prometido.

Como la del 68, la historia de ese señalado año del 88 va saliendo a la luz poco a poco, y lo que surge es incompatible con la afirmación presidencial del 5 de septiembre, que considera a la democracia política "una prioridad nacional". Hoy sabemos que fue justamente una orden de arriba -donde se deciden las verdaderas prioridades- la que obligó hace seis años a desconectar las computadoras cuando se estaban recibiendo los resultados electorales del Distrito Federal y del Estado de México, adversos al partido del Estado. Hace apenas unos días, Guillermo Sotelo Cruz, personaje clave en la tristemente célebre "operación manitas" y "la única persona en México que ha sido privada de su libertad por delitos electorales", hizo pública la forma en que él y su equipo fabricaron en el 88 la "victoria democrática" de Carlos Robles Loustaunau -protegido de Arturo Durazo y Félix Valdés- en Hermosillo e hicieron aparecer más de 60 mil votos falsos en favor del candidato presidencial priísta, Carlos Salinas de Gortari, y de los candidatos al senado, Manlio Fabio Beltrones y Luis Donaldo Colosio. Hoy, Sotelo Cruz, nos dice como se robaron urnas y se entrenó a cadetes de la policía y a policías judiciales, para que cada uno portara 10 credenciales falsas de elector y depositara en diez urnas un "taco" de diez votos en favor del PRI. Según él, varios de los veteranos de la "operación manitas" -da sus nombres- volvieron a participar en la elección del pasado 21 de agosto (*El Financiero*, 12 de septiembre). Entre "la voz soberana de la nación" y las "manitas"

de entonces y después, hay una contradicción que ningún discurso presidencial puede borrar.

Aceptemos, en tanto no se tengan pruebas de un fraude descomunal, que la jornada del 21 de agosto fue, pese a todo, un avance respecto de hace seis años. Aceptemos, incluso, que lo sucedido el 21 de agosto fue un avance frente a todas las elecciones presidenciales anteriores y posteriores a la de Francisco I. Madero en 1911. Sin embargo, de ahí a afirmar -como lo hizo el presidente Salinas- que en esta última elección triunfó la idea, la práctica, la conciencia y la voluntad de la democracia, es mucho afirmar. En realidad, el 21 de agosto, la oposición siguió enfrentándose a, y fue aplastada por, la brutal maquinaria de un partido de Estado, que es más Estado que partido, y que además tiene el apoyo ilegítimo de los medios de difusión, del gran capital nacional, de la iglesia y de las grandes empresas internacionales con intereses en México y sus gobiernos. En esas condiciones no hay democracia posible, porque no hay competencia verdadera; en esas condiciones, la vida pública mexicana simplemente no está, como afirmó el presidente, "a la altura de nuestra historia" sino por debajo.

El otro tema del discurso presidencial en el FCE -la institución de difusión cultural que fuera creada hace sesenta años por Daniel Cosío Villegas-, fue precisamente el papel de intelectuales como don Daniel, en los esfuerzos por transformar a México de autoritario en democrático. Acertó el presidente al definir a don Daniel como una personalidad pública "fiera,

altanera, insensata, irracionalmente independientes", pero hasta ahí.

Al presidente Salinas y a su gabinete, se les identifica aquí y en todo el mundo, con un grupo y una forma de ejercer el poder: el de la tecnocracia. Por su preparación, vocación, objetivos y forma de actuar, el tecnócrata se encuentra en las antípodas respecto del intelectual. En realidad, los verdaderos intelectuales, han resultado ser, aún sin proponérselo, antagonistas de los tecnócratas y de los hombres de poder en general.

Pero ¿quién es un intelectual? Definiciones hay muchas, pero quizá la génesis del término en su sentido moderno sea la mejor respuesta. El término nació en Francia el siglo pasado, con "El manifiesto de los intelectuales" de enero de 1898, en donde Zola, Blum, Proust, France, Halévy y muchos otros, se pronunciaron públicamente en contra de la forma como el poder -el ejército, el gobierno, la prensa y la opinión pública nacionalista y antisemita- habían llevado a cabo el proceso al capitán Alfred Dreyfus, de origen judío y acusado falsamente de traición. Para entonces Zola ya había publicado su artículo "Yo acuso", donde, en nombre de valores superiores -la verdad y la justicia-, hizo una crítica demoledora de la conducta seguida en el caso Dreyfus por el ejército y el gobierno franceses. Para Zola el costo de su crítica fue una ola de ataques y un juicio por difamación, donde se le condenó a un año de prisión.

Hace tiempo, un sociólogo norteamericano bastante heterodoxo, Alvin Gouldner, señaló que la *intelligentsia* -en

cuyas filas destaca la burocracia tecnocrática-, tiene como interés fundamental y vía de acceso al poder, la técnica -su dominio y aplicación-, en tanto que los intelectuales tienen como interés fundamental -y como forma de influir en la formación de los valores públicos, su objetivo central- la crítica de la realidad, particularmente la del poder (The Future of Intellectuals and the Rise of the New Class [1979], p.48). Un mexicanólogo también norteamericano, Roderic A. Camp, documentó esta diferencia y antagonismo fundamentales entre tecnócratas e intelectuales en el caso de México, y concluyó, para sorpresa de nadie, que los tecnócratas han ganado (Los intelectuales y el estado en el México del siglo xx [1988], pp.300 y 308).

A diferencia del tecnócrata, el intelectual no tiene como razón de ser la racionalidad administrativa ni necesita tener el poder para llevar adelante su tarea, al contrario, el poder lo anula. El intelectual, si es experto en algo, lo es en sentido contrario al tecnócrata, pues es "experto en ideas generales, muy elaboradas y en torno a valores" (Charles Kadushin, American Intellectual Elite, [1974], p.7). Es justamente en función de esos valores, a los que intenta dar forma e interpretar para una sociedad o una época determinadas, que el intelectual hace la crítica de él mismo, de su clase, de su sociedad y de su época. Para el intelectual la duda es una constante, para el tecnócrata y el político no.

El tecnócrata esta obsesionado por el control de los procesos, pero al intelectual le interesa más la creación de alternativas, de posibilidades de la realidad distintas de las

existentes; su compromiso es con lo que podría ser más que con lo que es (Edward Shils, The Intellectuals and the Powers and other Essays [1972], p.7). Y es mediante la inconformidad constante que cumple su papel social como antídoto del conformismo. Gouldner sospecha que la y la actitud negativa y la crítica sistemática, no son otra cosa que expresiones del deseo de intelectual de reemplazar a la autoridad existente (pp.32-33). Puede ser, pero en la práctica, el intelectual sólo lo es en la medida en que permanezca fuera del poder; si accede al poder deja de ser intelectual y se transforma en político.

El político que está en el poder es, casi por definición, un defensor, legitimador y promotor de los intereses creados. Busca minimizar u ocultar los defectos de la realidad y presentarla diferente de lo que realmente es; si tiene que elegir entre la verdad y la efectividad, siempre se quedará con la segunda. En la oposición, el político se convierte en crítico, pero se detiene al llegar a su proyecto, a su partido, a su acción. Para la efectividad del político -la adecuada manipulación del público- la crítica e inconformidad sistemática del intelectual es un problema, un obstáculo a vencer.

El hombre de poder puede hacer un reconocimiento al intelectual cuando este ya dejó de existir o cuando ya dejó de ser lo que era para transformarse en un servidor más del poder. Pero cuando don Daniel Cosío Villegas vivía, resultó una presencia intolerable para Gustavo Díaz Ordaz y muy molesta para Luis Echeverría. No faltó entonces el político que, queriendo congraciarse con el presidente, publicara un libelo en contra de

Cosío Villegas para intentar -inutilmente- deslegitimarlo frente a un público ciudadano creciente.

La democracia que Cosío Villegas demandaba para México, era la que el había descubierto - e idealizado- en su monumental obra sobre la República Restaurada. Era una democracia liberal, donde la corrupción, aunque existente, no había rebasado aún la línea de flotación de la nave del Estado. La discusión del interés nacional se hacía en un Congreso plural, inteligente y con la suficiente fuerza e independencia como para enfrentarse al presidente Juárez. Hoy estamos tan lejos de ese ideal de Cosío Villegas como lo estábamos antes de las elecciones del 21 de agosto. Para efectos prácticos, el nuevo congreso estará tan dominado por el partido del presidente -300 de quinientos diputados y 95 senadores de 128-, como siempre; y esos legisladores tan faltos de independencia y de poder propio, como siempre, pues han llegado a donde han llegado, no por contar con bases sociales propias, sino gracias al poder aplastante de la maquinaria del Estado.

En suma, la definición presidencial de democracia y su elogio a los valores y actitudes públicas que encarnó en su tiempo Daniel Cosío Villegas, no se corresponden con la realidad que ese mismo poder presidencial ha creado.